

Dentro de la unidad morfoestructural y ambiental de los Páramos del Cerrato, el conjunto de parameras del valle del Jaramiel forma una línea de separación de éste con el río Esgueva hacia el norte y por el sur con el cauce del río Duero.

En el interfluvio de estos dos cursos de agua hace acto de presencia el Arroyo del Jaramiel, que da nombre al valle y que se abre camino, recogiendo las aguas de otros tantos arroyos<sup>1</sup>, en dirección noreste-suroeste hasta verter al Duero por su margen derecha.

Nace en el extremo este de la comarca, en la meseta de las Pinzas, dentro del término municipal de Piñel de Arriba, dando lugar al estrecho valle donde se emplazan las localidades de Castrillo-Tejeriego, Villavaquerín y Villabáñez.

Este arroyo ha dado lugar a un entorno que presenta una gran singularidad dentro del contexto geográfico en que se encuentra, pues su antiguo cauce ha labrado un valle en cuna que hay que relacionar con un tipo de clima periglacial.

Un espacio relacionado con la geomorfología glacial no se reconoce por un criterio único, sino por un conjunto de hechos que lo caracterizan y diferencian del resto de los modelados.

Siempre presenta mayor profundidad que anchura y se localiza en una superficie poco accidentada pero que puede estar atravesada por vallejitos o barcos en los que, en su día, hubo una acción de excavación de corrientes de hielo canalizadas. En la actualidad son de poca envergadura e incluso en las estaciones más calurosas pueden presentar estiaje.

El fondo de este valle se ha constituido merced a la colmatación de materiales de tipo coluvión, ligados a fenómenos de solifluxión, y a la escasa

---

<sup>1</sup> Arroyo de Valdelamano, Arroyo del Valle de Rozas, Arroyo del Chopón y Arroyo de Carrapiña a ambos márgenes del Jaramiel. Aunque el Jaramiel se engloba en el Valle Esgueva (Cabero, 1991: 47) como comarca natural, hemos preferido delimitar esta pequeña unidad, igual que venimos haciendo con otras, con el objeto de explicar sus especiales características de manera que se pueda llegar a su conocimiento con la mayor sencillez.

competencia fluvial actual, con un caudal medio anual de  $0,4 \text{ m}^3/\text{sg.}$  y una aportación media anual de  $12 \text{ Hm}^3$ .

El modelado de tipo periglacial queda patente a su vez en la clara disimetría que aparece en las dos vertientes del valle. La más meridional es mucho más tendida y con menos pendiente debido a que dada su orientación ha estado sometida a fuertes procesos de hielo y deshielo de gran trascendencia morfológica, fenómeno mucho más frecuente que en la ladera septentrional, donde existe una mayor pendiente.

Este sistema de erosión da lugar a un conjunto de procesos de gran importancia; es el dominio de la crioclastia que actúa, sobre todo, en las estaciones de transición entre el invierno y el verano, cuando las variaciones de temperatura se producen en torno a los  $0^\circ\text{C}$ .

Dichas temperaturas no son las más frecuentes en las estaciones intermedias de latitudes medias y, por lo tanto, la morfología descrita no es la mayoritaria en esta región, si bien, los contrastes de temperatura existentes entre la noche y el día sí favorecen procesos de gelifracción apreciables sobre todo en las superficies de los páramos.

La homogeneidad de la provincia de Valladolid es la que nos lleva a valorar detalles de este calibre que en otro contexto serían poco relevantes.

A pesar de la disimetría que presentan las laderas que circunscriben este valle, en su vertiente norte podemos apreciar la distribución típica de los páramos: superficie tabular y ladera, en la que podemos distinguir la varga y el talud. En estas divisiones del espacio predominan, en las zonas más elevadas, unas calizas que afloran y que han contribuido a disminuir los efectos de la erosión. Por debajo de ellas, tenemos la gran extensión de las margas y margas yesíferas de color blanquecino y menos resistentes a los fenómenos de modelado; por ello es frecuente que sobre su superficie se aprecien fenómenos de arroyamiento o escorrentía que se intentan paliar con repoblaciones de pinos que sujeten la ladera y limiten la erosión de las aguas.

En el fondo del valle, donde discurren disimuladas las aguas del Arroyo Jaramiel, afloran materiales arcillosos más propicios para el desarrollo de la agricultura.

El uso agrícola de estas tierras<sup>2</sup>, que junto a la ganadería ha sido la dedicación casi exclusiva de la zona -solamente una tejera y un molino en Castrillo Tejeriego que ya no cita Madoz (facsimilar de 1984 del original de 1845-1850) y un molino que este autor sitúa en Villabañez constituían la industria que, no con plena seguridad, era de carácter local-, ha dejado disminuido a una mínima expresión el desarrollo de la vegetación autóctona -pastos y monte se explotaban en régimen comunal y el mismo Madoz (1984: 245) cita “la producción de leñas de roble para el combustible”-.

Así, pocos son los árboles que acompañan al arroyo en su discurrir; tan sólo algunos chopos respetados por la mano del hombre proporcionan los pocos espacios de sombra bajo la cual poder descansar del trabajo en los periodos más tórridos del verano. El resto, cultivos cerealísticos de secano y algunas hortalizas, convierten el paisaje, que en su origen era frondoso, en una monotonía visual de escaso atractivo.

Sólo cabe destacar la presencia de algunos quejigos (*Quercus faginea*), que en los sectores más alejados, donde la agricultura no puede ejercerse, se encuentran, en ocasiones, junto a la encina (*Quercus ilex rotundifolia*) y una amalgama de plantas gipsófilas, allí donde aquéllos son la máxima expresión del cortejo que se verá completado por la fauna que acompaña estas formaciones: liebres, perdices, conejos y aves.

Es diferente el caso de toda una serie de plantas ruderales que crecen en los bordes de los caminos, en las lindes de los cultivos, o junto a algunas edificaciones; a pesar de presentar un porte herbáceo de escasas dimensiones, son los únicos ejemplares que dan colorido al paisaje con su efímera floración.

---

<sup>2</sup> “En torno al 80 por 100 del suelo agrícola de la región se ha dedicado en las últimas décadas al cultivo cerealístico, especialmente al trigo y cebada: y éste, sobre todo, en el secano de la llanura castellano - leonesa, donde páramos, campiñas y valles forman el paisaje característico, apoyándose en sedimentos terciarios y cuaternarios que han rellenado la parte central de la Cuenca.” Cabero (1982: 119).

Dentro de todo este conjunto, jugaron un papel importante las jornadas de los pastores que en estas tierras cuidaban de los rebaños. Pasaban largas noches metidos en chozos<sup>3</sup> o se guarecían en ellos de las inclemencias del tiempo. Son construcciones de piedra recogida en el entorno, vestigios de un pasado que se pueden observar en el paisaje actual. Podemos encontrarnos con estos hitos -fruto de una economía tradicional-, de formas cónicas o rectilíneas, cubiertos por falsa cúpula o bóveda de cañón, en las rutas por antiguas cañadas pastoriles -en medio de tierras de cultivo, en las cimas de los páramos o en los bordes de caminos- y llamarán nuestra atención por la sencilla técnica con que se ha resuelto su ejecución, a todas luces compleja para alguien de ciudad pero no así para los hombres que, con un sentido práctico, los construyeron junto a los corrales que servían de encerradero para el ganado. Todavía hoy sirven de refugio los que, a nuestro parecer, de manera inverosímil se mantienen en pie desde décadas atrás.

Todo aquel que decida adentrarse en estas tierras puede hacerlo a través de los caminos que discurren por el fondo del valle y que dan acceso a la superficie culminante de los páramos. Estos caminos son en su mayoría fruto de la concentración parcelaria, aunque otros son restos de antiguas cañadas o se han generado por el tránsito de toda clase de vehículos. Algunos se encuentran en muy malas condiciones por su falta de uso y puede resultar peligroso (de ello pueden dar fe los que han elaborado este inventario) intentar seguirlos en un automóvil no preparado para circular por estos terrenos, sobre todo en estaciones en que la vegetación que los ha invadido se ha secado; dado lo cual será mejor transitarlos a pie, a la manera de aquellos que los recorren por razones económicas de subsistencia.

Los senderos que mayores atractivos ofrecen son los que permiten acceder a la culminación de los páramos de la vertiente norte, pues discurren entre bosques de quejigos. Una vez arriba, se puede obtener una panorámica de todo el valle del Jaramiel y llegar con la vista mucho más allá observando parte del valle

---

<sup>3</sup>Una mayor información sobre este tema se puede obtener del completo artículo de Consuelo Escribano Velasco en los números 8 y 9 de la revista El Filandar que edita la Asociación Etnográfica Bajo Duero.

excavado por el río Duero. Esto es posible gracias a la menor envergadura que presentan las laderas del sur debido a los fenómenos explicados con anterioridad.

Esos mismos fenómenos pueden contribuir a explicar el porqué, ya desde el Neolítico, grupos humanos se asentaron en este territorio. Son sin duda sus condiciones -recursos hídricos y defensas naturales- las que hicieron posible que desde tiempos remotos se diera una ocupación continuada, tan sólo alterada con la invasión árabe-bereber del siglo VIII en la que se arrasaron los poblados hispanovisigodos y quedaron semidesiertos estos territorios. No fue hasta el último tercio del siglo IX cuando las huestes cristianas de Alfonso III “El Magno” reconquistaron todos los territorios situados al norte del río Duero (Vallejo del Busto: *El Cerrato Castellano*).

Todo ello queda atestiguado por las abundantes noticias provenientes de la prospección arqueológica llevada a cabo para elaborar el Inventario Arqueológico de Valladolid<sup>4</sup>.

Remitiéndonos a una época protohistórica se puede hablar de lo que, al parecer, puede haber sido un hábitat celtibérico en Villabáñez; y desde este momento, dentro del área territorial que abarca los municipios del Valle de Jaramiel, su suelo encierra restos arqueológicos de época romana altoimperial, tardorromana e hispano visigoda, yacimientos que, en algunos casos, se continúan durante toda la Edad Media y a lo largo de la época moderna, llegando hasta nuestros días como las poblaciones que conocemos.

Sin duda el fenómeno repoblador que llevaron a cabo los condes castellanos desde los “últimos lustros del siglo IX” (Represa, 1991: 47), intensifica la población y dota de fortalezas y murallas al territorio “como frontera meridional del Condado castellano frente al Islam” (Represa, 1991: 48)<sup>5</sup>.

Las noticias, unas veces en forma de restos arquitectónicos, y otras a través de fuentes documentales, son efectivamente contundentes.

---

<sup>4</sup> Es documentación inédita que nos ha sido cortesmente facilitada por la Dirección General de Patrimonio y Promoción Cultural.

<sup>5</sup> La obra de Represa es rica en todo tipo de datos históricos y etnográficos.

En Castrillo Tejeriego, en el cerro testigo conocido con el significativo nombre de “El Castillo”, por encima de las bodegas del pueblo, se encuentra el yacimiento que ha sido reconocido por varios arqueólogos e investigadores (Wattenberg, Palol, Vallejo del Busto, Mañanes y Represa Rodriguez). Lamentablemente, las únicas evidencias sobre el terreno son materiales de construcción y escasas cerámicas. Eso no es obstáculo para definirlo como un recinto militar (castillo) cuya ocupación se extiende documentalmente (algunos autores -Ruiz Asencio, Represa Rodriguez- defienden una cronología más temprana, pero no existe documentación alguna de la época que ellos defienden que lo atestigüe) desde el siglo XIII (Abajo Martín, 1986:259), ignorándose la fecha de su abandono.

También en Villabañez se han encontrado, tanto en el casco urbano como en diversos pagos de los alrededores, numerosos testimonios materiales que, convenientemente contrastados con fuentes medievales, dan fe de ser un sitio reconquistado por los cristianos tempranamente. Lo mismo puede hacerse extensivo a Villavaquerín.

¿Qué nos queda entonces como muestra en nuestros tiempos de todo su pasado?. La información gráfica es rica para establecer nuestra propia valoración de la abundancia y, en la mayoría de los casos, de su buen estado de conservación; sus construcciones “mayores”: iglesias, ermitas<sup>6</sup>, casonas, casas destinadas a la recaudación de impuestos de época medieval y moderna; y “menores” como bodegas y lagares (profusos los dos tipos como demostración de su importante dedicación al viñedo en tiempos no tan lejanos), casas tradicionales, chozos de pastor y otras construcciones auxiliares nos invitan continuamente a considerar la importancia de su mantenimiento como conjunto

---

<sup>6</sup> Hablando de la castellanidad de la comarca, Amando Represa (1991: 47 y sigs.) señala como cuarto factor “El de la pervivencia de Cofradías o Hermandades religiosas con advocaciones tan singulares como la de Nuestra Señora de Capilludos, en una ermita de Castrillo Tejeriego, que a juzgar por lo de “Capilludos” -el “capillo” era el capacete que protegía la cabeza en la indumentaria guerrera medieval- hubo de ser en origen el de una corporación de hombres de armas con ermita propia -que conserva aún restos medievales- en donde venerar a su patrona en el tercer día de Pascua, según la costumbre mantenida hasta hoy.”

espacial. En él es frecuente observar ejemplos constructivos y permanencias de la tradición que tienen su origen en el medievo<sup>7</sup>.

Otras notas a valorar pueden ser la existencia de un horno panadero y repostero<sup>8</sup> en Villabáñez en el que se puede adquirir un sabroso recuerdo de la gastronomía de la zona, un restaurante asador especializado en pinchos de lechazo, y algún que otro bar en donde hacer un alto para descansar de la que, sin duda, sería intensiva visita.

---

<sup>7</sup> Es necesaria la consulta a las fichas de inventario y la documentación gráfica que las acompaña para reparar en todos los detalles.

<sup>8</sup> Su dueña presume del poco pan, por no decir el único, elaborado todavía con trigo candeal en Valladolid.

## BIBLIOGRAFÍA

- ABAJO MARTÍN, T.: *Documentación de la Catedral de Palencia (1035-1247). Fuentes Medievales Castellano-leonesas*, Palencia, 1986.
- CABERO DIEGUEZ, Valentín: *El espacio geográfico Castellano-Leonés*, Valladolid, Editorial Ámbito, 1982.
- DERRUAU, M.: *Geomorfología*, Editorial Ariel, Espluges de Llobregat (Barcelona), 1970.
- *El clima y las aguas*, Editorial Síntesis, Madrid, 1989.
- GÓMEZ ORTIZ, Antonio; SIMÓN TORRES, Mariano y SALVADOR FRANCH, Ferrán; *Periglacialismo en la Península Ibérica, Canarias y Baleares: Estudios significativos*, Sociedad Española de Geomorfología, Madrid, 1994.
- *Guía de la Naturaleza de Valladolid*, El Mundo, Valladolid, 1997.
- REPRESA RODRIGUEZ, Amando: *Valladolid y sus comarcas*, Valladolid, Editorial Ámbito, 1991.
- SAENZ RIDRUEJO, Clemente; *Guía Física de España. Los ríos*, Alianza Editorial, Madrid. 1987.
- TEJERO DE LA CUESTA, José; *Análisis del Medio Físico. Delimitación de Unidades y Estructura Territorial. Valladolid*, Junta de Castilla y León, Consejería de Fomento, Valladolid, 1988.
- VALLEJO DEL BUSTO, Manuel; *El Cerrato Castellano*, Palencia, Excma. Diputación Provincial de Palencia, 1978.